

odiosas y cínicas palabras dichas públicamente por Diana Grey eran, por lo demas, muy propias para exasperar á M. de Maurescamp. Sin tener gran imaginacion, tenía la suficiente para representarse á su esposa, de quien él no habia conocido más que una frialdad desdeñosa, abandonándose con otro á los más vivos trasportes de la pasion, y esta imágen, que hubiera sido desagradable para cualquiera, lo era en grado supremo para un hombre tan vanidoso, tan altivo, tan mimado y tan sanguíneo como lo era el Baron de Maurescamp. No se le ocurrió pensar que podía ser injusto hacer depender el reposo, el honor y la vida de su mujer de las charlatanerías de su querida despues de beber. Desbordáronse en su corazon los sentimientos de despecho, de celos y de ódio que durante tanto tiempo se habian ido allí acumulando contra su mujer y contra Santiago de Lerne, y resolvió poner fin á sus relaciones vengándose á un mismo tiempo de los dos.

La ocasion para un duelo con Santiago le pareció singularmente oportuna ; los incidentes del almuerzo podian darle para ese duelo un pretexto especioso que tendría la doble ventaja de dejar el nombre de Mme. de Maurescamp fuera de la querrela, y la de asegurarle la eleccion de armas. Manejaba notablemente la espada, y aunque era hombre de valor, no estaba muy dispuesto á despreciar esa ventaja.

IX.

El Baron descendió por la avenida de los Campos Elíseos, turbia la mirada, y con un cigarro apagado en la boca. Veinte minutos despues entraba en el círculo y encontraba allí á alguno de sus convidados de la mañana ; entre otros á M. de Monthelin y á M. d'Hermany, con quienes se encerró en un gabinete particular. Díjoles confidencialmente que se conside-

raba ofendido por la conducta inconveniente del Conde de Lerne en casa de Diana Grey; por su afectacion en hablar con ella en inglés durante todo el almuerzo, sabiendo perfectamente que él, Maurescamp, dueño de la casa, ignoraba aquella lengua; en fin, por su actitud, que habia sido impertinente hasta la provocacion. Monthelin y d'Hermany, delicados en cuestiones de honra, no pusieron objecion alguna por la futilidad de aquellos motivos, comprendiendo que ocultaban otros más serios y legítimos, que las conveniencias exigian que permanecieran en la sombra. Monsieur de Maurescamp añadió que tenía por principio y por sistema terminar aquella clase de asuntos con la mayor brevedad posible, á fin de evitar que trascendieran al público, y prevenir la intervencion siempre sensible de las mujeres. En consecuencia, rogaba á aquellos señores que tuvieran la bondad de dirigirse inmediatamente á casa de M. de Lerne, y cumplir allí la mision que él confiaba á su amistad.

Monsieur de Monthelin hizo observar que su duelo personal con M. de Lerne le imponia la obligacion de recusarse en aquella circunstancia. Monsieur de Maurescamp lo reconoció así, y se dirigió entonces á otro de sus amigos, M. de la Jardye, miembro tambien de aquel círculo, y á quien M. d'Hermany fué á buscar en seguida á uno de los salones próximos. Monsieur de la Jardye adoraba aquellas ocasiones que le permitian desplegar toda su importancia. Por respeto á las conveniencias trató flojamente de hacer escuchar algunas palabras conciliadoras; pero tambien él habia asistido al almuerzo de Diana Grey, y acabó por confesar, puesto que le pedian su opinion con franqueza, que habian pasado en aquel almuerzo cosas un poco difícil de digerir, bajo todos aspectos, por su amigo el Baron de Maurescamp; por cuyas razones, en definitiva, estaba dispuesto á prestarle su concurso en calidad de testigo.

Monsieur de Lerne estaba entre tanto

muy léjos de esperar la fiesta que se preparaba para él. Hacia las seis, despues de su paseo habitual por el Bosque, volvió tranquilamente á su casa. Allí encontró, no sin sorpresa y no sin disgusto, las tarjetas de M. de la Jardye y M. d'Hermany, bajo un sobre cerrado, y con esta anotacion puesta de lápiz :

« Desean veros para un asunto personal del Baron de Maurescamp. Tendrán el honor de volver á las seis y media. »

Santiago no tuvo que hacer muchas reflexiones para comprender de qué se trataba. Aunque ignoraba las infames palabras de Diana Grey, despues que él se retiró, la irritacion de M. Maurescamp durante todo el almuerzo no le habia pasado desapercibida, y con la lucidez natural á las imaginaciones vivas, comprendió en seguida la verdad de la situacion.

Monsieur de Maurescamp aprovechaba el primer pretexto que se le ofrecia para satisfacer su ódio de marido celoso sin comprometer el nombre de su esposa.

Monsieur de Lerne nada tenía que objetar á esto. Escribió, pues, á dos de sus amigos, Julio de Rambert y John Evelyn, inglés el segundo, é hizo llevar en seguida las cartas.

Algunos momentos despues que M. de la Jardye y M. d'Hermany, llegaron aquellos dos señores. Santiago dejó reunidos á los cuatro testigos, y se dirigió á una habitacion inmediata.

El asunto era de aquellos que no se discuten mucho tiempo, porque todos los interesados saben que bajo el motivo ostensible del lance hay otro que es el verdadero, y que, de comun acuerdo, no puede ser discutido, ni indicado siquiera. Á los motivos de queja alegados por M. de la Jardye y M. d'Hermany en nombre del Baron de Maurescamp, M. de Rambert y mister Evelyn respondieron, en nombre de su apadrinado, que aquellas ofensas eran puramente imaginarias ; pero que, supuesto que M. de Maurescamp se consideraba ofendido, M. de Lerne no podia ménos de

estar á su disposicion. Por lo demas, monsieur de Lerne era de opinion, como M. de Maurescamp, que el asunto debia de terminarse tan pronto como fuera posible y ántes de que el mundo se ocupára de él.

En cuanto á la eleccion de armas, los testigos de M. de Lerne no se mostraron tan acomodaticios; habian recibido de Santiago, bajo la promesa formal de guardar el secreto, una confidencia delicada.

—En principio— les dijo— acepto la espada, lo acepto todo; pero ya sabeis que hace dos años, en mi desafio con Montheclin, fuí herido en el brazo derecho; y de resultas de esa herida me ha quedado el brazo algo debilitado; es poca cosa, y depende en parte del tiempo; pero, en fin, podria perjudicarme en el lance..... Tomar como pretexto esta ligera enfermedad para exigir la pistola, no me es posible..... porque no se conoce á la vista. Todo el mundo me ve tocar el piano con mano firme, y se creeria que yo invento una excusa para librarme de la espada de Maurescamp, que

es un gran tirador. Así, pues, por vuestro honor y por el mio, ¡ni una palabra de mi brazo!..... Pero si podeis conseguir, por alguna razon aceptable, que el desafio sea á pistola, yo lo veria con gusto.

Esforzaronse, por tanto, sus testigos en demostrar á los del Baron, que la calidad de ofensor ó de ofendido, empeñado el lance en la forma que lo estaba, era realmente dudosa entre los dos adversarios. La provocacion de M. de Maurescamp á monsieur de Lerne, por incidentes cuya futilidad es imposible desconocer, no puede en realidad considerarse como una verdadera agresion. Parecíales, por tanto, que era realmente justo que la eleccion de armas correspondiese á aquel á quien se venía á provocar sin motivo suficiente; por lo ménos, debia dejarse á la suerte esa eleccion.

Monsieur de la Jardye y M. d'Hernany respondieron con ceremoniosa frialdad que no podia sostenerse esa trasposicion de papeles en aquel desgraciado asunto, y que la negativa persistente en reconocer los

derechos de su apadrinado á la calidad de ofendido, equivaldria de parte del Conde de Lerne á una negativa de reparacion que no podia ciertamente entrar en sus intenciones. Los padrinos de Santiago creyeron que no debian insistir más.

Fué despues una cuestion muy debatida por el público, la de saber si habian procedido bien. Pretendian unos que los padrinos del Conde, una vez enterados de su enfermedad, por ligera que fuese, no podian dejar que se empeñase el combate en condiciones evidentemente desiguales; otros, más competentes al parecer, sostienen que los testigos, en tales casos, tienen por primer deber observar religiosamente las instrucciones de su apadrinado, que les confia ante todo el cuidado de su honra, y sólo en segundo termino el cuidado de su vida.

Convínose, pues, que el combate sería á espada y que tendria lugar el dia siguiente, á las tres de la tarde, en Soigmes, cerca de la frontera belga.

Santiago supo, sin aparente emocion, el resultado de la conferencia, dió las gracias á aquellos señores por los esfuerzos que habian hecho en su favor, les dijo alegremente que esperaba de todos modos salir bien del lance, y les dió cita para la mañana siguiente, á las siete, en la estacion del Norte.

Cuando estuvo solo tomó cierto aire de gravedad que las circunstancias justificaban. Por un sentimiento de honor natural, pero quizá excesivo, no habia querido confesar aún á sus amigos toda la verdad respecto á su brazo herido: todo ejercicio algo prolongado, y sobre todo el de la esgrima, determinaba en ese brazo debilitado un malestar y un entorpecimiento que, frente á un tirador tal hábil y vigoroso como el Baron de Maurescamp, debian dejarle en una situacion muy inferior. Santiago consideró esta perspectiva con firmeza de ánimo; y sin abandonarse ni creerse ya un hombre muerto, no se disimuló que iba á correr un gran peligro.

Hizo sus preparativos en consecuencia. Por fortuna, su madre comía aquella tarde fuera: aunque mucho había sufrido por ella, la amaba y felicitóse de que la casualidad le evitase la cruel contrariedad que le habría impuesto su presencia. Pero aquella noche debía sufrir una prueba tan penosa si no lo era más. Madame d'Hermány daba un gran baile en el cual Mme. de Maurescamp y Santiago habían convenido verse. Habíanse renovado la promesa aquella misma tarde en el Bosque. Santiago creyó por varias razones, que no podía dispensarse de asistir á aquel baile. Temió, si no iba, afligir á Juana é inquietarla. Si por casualidad algún rumor relativo al desafío del día siguiente se había extendido, su presencia y su actitud podían bastar para desvanecerlo. Pero más que todo, parecióle que la reputación de Juana exigía de él ese esfuerzo de valor; puesto que Maurescamp había tomado por motivo del lance su querida y no su esposa, el Conde de Lerne juzgó que la mejor manera de asociarse á

sus intenciones y desconcertar al público, era mostrarse aquella noche en sociedad en la misma forma y los mismos términos que de ordinario con Mme. de Maurescamp. Aunque mucho le costaba hacerlo, creyó que era de su parte un deber de delicadeza.

X.

Santiago escribió dos cartas, una dirigida á su madre, otra á Juana, y como á las once, dirigióse sonriente á la avenida Gabriel, al hotel d'Hermány. El dueño de la casa, uno de los testigos de su adversario, dejó ver por un instante en su mirada la sorpresa que le causaba la aparición de aquel huésped inesperado; pero se repuso en seguida y le acogió con muchas demostraciones de afecto, juzgando, como después dijo, que aquel rasgo era superior y probaba un alma de mucho temple.

La rubia Mme. d'Hermány, más bella,

más misteriosa y más perversa que nunca, vió que M. de Lerne parecía buscar entre la multitud de los concurrentes á alguna persona, y mirándole con fijeza, le dijo brevemente :

—«Segunda puerta á la izquierda ; en la estufa, bajo la tercera palmera de la derecha..... ¡Y decid que yo no soy buena!

Santiago saludó gravemente y aprovechó la indicacion.

Pasábase de los salones á la estufa por dos arcadas, de las cuales una estaba reservada para la orquesta. La estufa era un vasto salon cubierto por una armadura de hierro y cristales, que ofrecia una magnífica combinacion de enormes vasos azules con listas de oro, estatuas de mármol medio ocultas entre el follaje; veíanse divanes de muy poca altura, rodeados de taburetes debajo de los anchos abanicos de las palmeras, bajo las lianas colgantes de pálidas flores de cera, bajo el follaje y las gruesas corolas blancas de las magnolias. Un tibio olor de selva tropical

embalsamaba el aire, y de rato en rato oíase salir de los grupos que acá y allá conversaban, un susurro como de colmena que se elevaba á ráfagas para dominar la brillante sonoridad de la orquesta.

En uno de aquellos grupos—efectivamente debajo de la tercera palmera de la derecha—hallábase Juana de Maurescamp escuchando distraidamente á tres ó cuatro galanteadores de edades diferentes. Al ver á Santiago, iluminóse de pronto su fisonomía con aquella sonrisa franca que las mujeres reservan para sus hijos y sus amantes, y que raras veces van dirigidas á los maridos. Aquella sonrisa bastó para tranquilizar á Santiago y convencerle de que no habia llegado á sus oídos ni el más leve rumor del acontecimiento convenido ya para el dia siguiente.

A la llegada del Conde de Lerne, los astros secundarios que gravitaban hasta entónces en derredor de la jóven se eclipsaron sucesivamente con un sentimiento en que á la vez habia despecho y deferencia;

porque si bien es verdad que generalmente se calumniaban las relaciones de Mme. de Maurescamp y de su amigo, sentíase también generalmente en esas relaciones algo que inspiraba respeto. Pero ántes de quedar solo con Juana, el Conde tuvo bastante tiempo para hacer en su interior algunas amargas reflexiones: parecíale, tanto efecto le hacía su elegante belleza, que al contemplarla allí, puesto en pié delante de ella, la contemplaba y admiraba por primera vez. Vestía la jóven, con la castidad de Diana, las modas indecentes de nuestro tiempo, y mostraba al descubierto su busto casi completo y sus brazos puros y delicados. Sus negros cabellos, peinados un poco bajos, como los de las diosas, estaban recogidos sencillamente en una gruesa trenza que caía sobre la nuca. La cabeza, algo echada atrás como por efecto del peso, se erguía con cierta rigidez en una actitud fiera y victoriosa. Sentíase en plena posesion de su belleza, y sonreía dejando entrever el brillo de sus dientes

por entre la púrpura de sus labios un poco gruesos.

Ante aquella criatura llena de encanto, fascinada con todas las gracias de la inteligencia y toda la vida de la pasión, Santiago no pudo dominar un sentimiento casi salvaje de deseo, de arrepentimiento y de cólera. Él la había respetado. ¡Habíase hecho esta violencia! ¡había tenido ese heroísmo!..... ¡para recibir qué recompensa!.....

Con la extraña y rápida penetración de las mujeres, Juana pareció sorprender aquellos sentimientos en la mirada ardiente y turbada del jóven: un ligero rubor coloreó sus mejillas, y agitando con cierto embarazo su abanico, levantó la frente casi con timidez, y dijo:

—No teneis vuestra mirada dulce esta noche. ¿Qué os sucede, amigo mio?

—¡Sois tan bella!—contestó Santiago en voz baja.—¡Me haceis daño!

—Eso pasará—dijo sonriendo Juana.—Vamos, dejad observaciones de ese género

¿á qué conducen?... ¿Acaso os volveis materialista?

— En efecto, lo soy bastante en este momento.

— Me estais entristeciendo, ¿sabeis?

— Pero—en fin—dijo sentándose el Conde—yo no soy espíritu puro.

— ¡Pues yo sí, yo lo soy!—dijo Juana con risa infantil, y estoy contentísima..... ¡Ademas, que es obra vuestra!.....

Despues, con tono repentinamente serio y penetrado,

— ¡ Ah ! — dijo — si yo estuviese segura de que erais dichoso, amigo mio, ¡qué dichosa sería yo misma! En esto estaba yo pensando hace un momento, cuando llegasteis.

— ¿ Sois, pues, tan dichosa ? — preguntó Santiago con acento ligeramente conmovido.

— ¡ Dichosa, sí, muy dichosa ! — respondió la jóven con graciosa efusion.— ¡ Y por vos ! Podeis envaneceros de ello. Hay momentos en que realmente me siento co-

mo espantada de mi dicha ; en que me parece que es demasiada felicidad.— Pensad en ello—añadió, bajando la voz —yo amo y soy amada, y no siento turbada mi alma, estoy tranquila, sin el más ligero remordimiento en el presente, ni el más ligero temor para el porvenir..... porque, gracias á Dios, y tambien á vos, amigo mio, yo veré venir sin espanto esa primera arruga, que es el espectro y el castigo de los amores vulgares. Me parece que envejeceré sin pena..... casi con alegría..... porque ménos jóven, yo seré ménos esclava de las conveniencias, más libre, más cerca de vos..... ménos comprometedora, en fin..... Así, por ejemplo, yo me prometo un tiempo delicioso en que podré viajar con vos.... ¡ mas para eso es preciso envejecer !..... Y si supierais cuánto se ha trasformado para mí la vida, cuánto ha cambiado el mundo á mis ojos, desde que soy amada como yo deseaba serlo..... ¡ Podeis estar orgulloso, os lo aseguro del milagro que habeis realizado ! Paréceme que

habeis modificado, elevado, depurado todos mis sentimientos, todo mi sér..... pareceme que me habeis enseñado..... ¡ cómo podré expresarlo !.... que me habeis enseñado el sentido divino de las cosas..... que me habeis enseñado á ver y á comprender por el lado noble todo lo que existe..... todo lo que hiere mis ojos, me parece iluminado con una luz nueva, y reviste una belleza que yo no conocía. Mirad, es una puerilidad, si quereis, pero hace poco, paseando por el Bosque, yo miraba los árboles..... que en otro tiempo me dejaban perfectamente tranquila.... y me decia:—¡ Dios mio, qué bello es un árbol, cuánta fortaleza, qué elegancia, cuánta vida !....—No háy un objeto en la Naturaleza, ni una hierbecilla que no me cause ahora esas admiraciones, esos éxtasis..... Estoy convencida..... ¿ no lo estais vos tambien ?.... que todas las cosas de este mundo tienen dos aspectos, uno material y vulgar que está al alcance de todos ; otro, misterioso, ideal, que es el secreto y la revelacion de Dios....

Y este último es el que yo percibo con los ojos que vos me habeis formado..... ¡ Esta es vuestra obra, amigo mio !

Miéntas estaba escuchándola con secretas angustias, el semblante de Santiago habia tomado poco á poco una expresion dulce y grave.

— Sí—dijo lentamente con voz alterada, fijando en ella una mirada de infinita ternura—debe existir un Dios.... y otra vida superior..... y almas inmortales..... puesto que hay seres como vos en el mundo.

Despues exclamó de pronto, interrumpiéndose:

— ¡ Pero, Dios mio ! ¿ qué teneis ?

Santiago creyó que la jóven se sentia mal : habíase puesto repentinamente de una palidez marmórea, y su mirada se habia fijado en el espacio como sobre una espantosa aparicion ; el Conde se separó bruscamente, y vió á Maurescamp de pié á la entrada de la estufa, destacándose en el marco de la puerta : mirábalos fijamente, y revelábase tal demencia de cólera en los ojos

y en sus facciones descompuestas, que Santiago se levantó en seguida, temiendo algun acto de violencia.

Maurescamp se adelantó hácia ellos con paso lento, luchando evidentemente contra un desencadenamiento casi irresistible de pasiones; sin embargo, bajo el peso de las miradas que se fijaban sobre él, y bajo la penosa impresion del silencio que repentinamente se produjo en la sala, consiguió dominarse á medias; y al llegar á donde estaba su esposa, le dijo simplemente, con voz sorda y ronca:

— Vuestro hijo está enfermo, venid.

Juana dejó escapar un ligero grito: — ¡Dios mio!....— y le dirigió algunas preguntas precipitadas; pero comprendiendo pronto, por su aire y sus palabras que la enfermedad del niño era sólo un pretexto, siguióle sin añadir una palabra.

Monsieur de Maurescamp, despues de haber aparecido un momento en la Ópera, habia vuelto al círculo. Allí supo casualmente la presencia del Conde de Lerne en

el baile de los d'Hermany. Sabía tambien que su mujer debia asistir. Hombre sin delicadeza no podia comprender la delicadeza en los demas, y así fué que no sospechó siquiera los motivos honrosos que habian dictado la conducta de Santiago de Lerne.

No vió en aquel acto más que una insolente bravata, de la cual era cómplice su esposa, y se dirigió inmediatamente al hotel d'Hermany, sin proyecto alguno determinado, pero arrastrado por un movimiento de ódio y de furor que no debia retroceder ante ninguna extremidad, ni aún ante el escándalo. Como se ha visto, gracias á un reflejo supremo de razon, el escándalo no fué ruidoso, pero bastó para mancillar el honor de su mujer y el suyo propio.